

La telenovela

CARMELO VILDA

Otro melodrama en nuestras pantallas de televisión! Precedida de gran cortejo publicitario la "SEÑORITA PERDOMO" ha sido promocionada como producción cultural cualitativamente distinta a las telenovelas antecesoras. Radio-Caracas T.V. aceptó el reto impuesto por "La Sucesora" y se propuso superar la cobertura público-calidad obtenida por el romance brasileño.

Pero más que un análisis de la "Señorita Perdomo", todavía en cartel, mi pretensión será más general: me serviré de ella como pretexto o escaqueo para reflexionar sobre lo popular-sentimental de las telenovelas.

LAS TELENÓVELAS GOZAN DE BUENA SALUD

Los custodios oficiales del gusto y de la fantasía las vituperan. Los sociólogos de la comunicación analizan las alienaciones que generan. Los críticos de la literatura les niegan rango literario o las relegan, sin más, al escalafón de género proletario. Los actores del Ateneo no aceptan trabajar en ellas para no rebajar su status profesional. Los propios actores de telenovelas lamentan las limitaciones histriónicas que enfrentan:

"Como escuela de actores la telenovela me parece muy mala porque no produce más que vicios profesionales... Se pierde por completo la búsqueda del personaje y se recurre a simples clisés que se repiten mecánicamente y sin esfuerzo. Los actores son como rocolas: se les mete una moneda y suenan... ¿Qué se puede matizar al cabo de trescientos capítulos?" (A. Alvarez: El Diario de Caracas, 29-II-1980, pg. 16).

Incluso el guionista-actor, Fausto Verdial, pronosticó hace años su paulatina desaparición o, al menos, su desmoronamiento.

Sin embargo los melodramas gozan de robusta salud en Venezuela. Durante 1981 los canales de T.V. emitieron nueve horas diarias, cuatro de ellas en espacio estelar. Equivale al 10% de toda la programación nacional. Datos facilitados por el Ministerio de Información confirman que 5 millones de venezolanos (1 de cada 3) suelen ver diariamente alguna de las telenovelas facturadas entre las 6.30 y 10.30 pm. La cifra aumentará en 1982. Después de México, Venezuela es el mayor exportador de "melodramas". Durante los 29 años de televisión ha producido aproximadamente 500 telenovelas siempre en las cimas más altas del rating. El

"género" por tanto no está agotado. Y por si fuera poco el rotundo impacto de "La Sucesora" ha demostrado que se puede llegar a las mayorías a través de la calidad:

"Conmueve la alta dramaturgia de los diálogos, la pormenorizada observación de la sociedad brasileña de los años veinte, un argumento entre rosa y detectivesco y una amorosa y grata costumbre de bosquejo americano" (Elisa Lerner: Clave No. 8, 13-XII-1981).

La densa interioridad de los personajes, los frecuentes saltos narrativos, la suplantación del tiempo lineal por duraciones metafísicas, el lenguaje de los signos, de los indicios y silencios filmados con artística parsimonia fueron valorados también por quienes anteriormente habían llorado "Bajo la Sombra del Matapalo" o con "Lucecita". A la vez dejó al descubierto los desafueros argumentales, la torpe vulgaridad y el raquitismo estético, bisagras de nuestras telenovelas estilo "Rosa de la Calle" o "María Fernanda". La mayoría de ellas son folletones con personajes de pergamino, de un solo diédro, caracteres artificiales, muñecotes sin pulpa dentro.

Ciertamente nuestra T.V. ha presentado melodramas sabaneros de enajenante realismo. ¿Cómo no sentir conmiseración al ver a los protagonistas, arquetipos de cartulina unos, o cíclopes de la sexualidad otros, alimentar en vano patetismos absurdos o pretensiones truculentas? Tampoco han estado exentas de una "concepción reaccionaria y puritana de la existencia: separación infranqueable de las clases sociales; la condición de la mujer como objeto; la sexualidad como pecado; el triunfo de la virtud y el castigo del mal; el machismo como virtud; la naturalidad del conformismo; la exaltación de los prejuicios...; el estereotipo formal, la redundancia, el triángulo amoroso, el

villano, el héroe, el pleonasmo musical, el diálogo esquelético..." (P. Antillano: El Nacional, 13-III-1977).

Los científicos de la comunicación subrayan con rabia y desprecio las mortificaciones que les provoca el "género". Por ejemplo, advierten, nunca se culpa en ellas a las estructuras sociales de ser responsables de las villanías, calamidades e injusticias que abruman a la sociedad. Acatan como si fueran valores sagrados los convencionalismos "oficiales" incluso las relaciones de sumisión. Perpetúan costumbres clasistas. Lo anárquico, adúltero, subversivo y bohemio es catalogado como enemigo de Dios, de la moral y de la patria. No robar o mantener la fidelidad conyugal constituye el meollo de la conducta cristiana. Todo este bagaje moralizante prueba que la telenovela es un género reaccionario, conservador y decididamente hipócrita. La ausencia de escenas íntimas en la cama suele ser exhibido como criterio moral a pesar de que la temática rebasa las aberraciones más primarias. El culto a la tradición se sobrepone a las convulsiones históricas aunque se consideren necesarias. El horizonte de comprensión resulta enrarecido e intransigente. Se apela enseguida al "aquí quien da las órdenes soy yo", a la "razón de la pasión" o al "poder del dinero". No hay dialéctica. Sólo la ley del macho, del patrón, o la astucia de la "doña", rigideces que coagulan en la conciencia de los personajes, el dinamismo interior de la historia.

Y sin embargo, sin rebajar un ápice el pus de todas estas lacras, los venezolanos nos convocamos de 9 a 10 de la noche para ver juntos, aunque distantes, la telenovela estelar. Es muy significativa la anécdota que cuenta nuestro novelista Salvador Prasel:

"Acostumbrado a la televisión venezolana, sobre todo a las telenovelas, tuve una sensación extraña, de soledad y desamparo, al pisar tierra yugoslava" (Caracas a Diario, 24-I-1982, pag. 11).

¿QUE SUCEDE EN NUESTROS CORAZONES?

¿Qué sucede en nuestros corazones para que se desquicien los resortes

del "buen gusto" y nos pongamos a exprimir los sentimientos? ¿Qué misteriosas voces y ansiedades nos impulsan a tender la soledad al aire y desbordar los linderos de la contención para gritar sus hambres? ¿Nos falta alimento de amor personal, de ése que afina la existencia sobre terrenos firmes? Es probable que la sintonía telenovelerá tenga mucho que ver con las anemias afectivas, los tedios conyugales o la grisácea monotonía del trabajo doméstico.

Por otra parte, los seriales norteamericanos se nutren de violencia y metralla y los largometrajes se emiten en horarios muy nocturnos. ¿Qué espacio televisivo existe para la sentimentalidad... para los corazones aporreados, sedientos de lo imposible? ¡Si no existiera la telenovela habría que inventarla! Y en efecto, hay que reconocer la eficacia de su estructura. Arrancan con intriga. Crean enseguida el contrapunto de la polarización (simpatía-desprecio). Densifican el interés desde cuarto creciente hasta luna llena. Descoyuntan el relato mediante cortes efectistas a lo largo del transcurso para mantener siempre colgante la tensión bien dosificada. Nutren el desarrollo sin matar nunca el apetito.

Además la telenovela criolla rescata la necesidad que tenemos la mayoría de oír contar historias. Nuestros melodramas encienden cada noche la imaginación con la encantadora recurrencia al "Había una vez..." o "Hace ya muchos años..." o al "Por fin, después de tanta peripecia, se casaron y vivieron felices"... Desde los albores de la cultura escrita, desde El Asno de Oro (Apuleyo) o el Libro de Apolonio (Anónimo) hasta El Decamerón, los Libros de Caballería y las novelas de aventura y suspenso del siglo XIX, existe en el ser humano el interés de leer u oír fantasías. Esta dimensión narrativa sofocada por la literatura moderna, seca, formalista e intelectual, es mantenida entre nuestro pueblo por la telenovela y rescatada imenos mal! a niveles más estéticos por la capacidad fabuladora de García Márquez y los demás propulsores del "realismo maravilloso". La angustia de Sherezade que tiene que inventar un cuento cada noche para evitar su propia muerte es símbolo evocador de nuestra propensión novelera. ¡Cuánto más humana y fértil sería nuestra cultura si a los emires de la TV, CONAC, Academias y demás santuarios "oficiales", les gustara oír y contar historias fantásticas como al sultán de Las Mil y Una Noches...

La telenovela además recupera la ilusión edénica de una sociedad que a pesar de tanto acoso y maldición se esfuerza en ser idílica. Es la satisfacción que provoca el triunfo de la inocencia sobre el malvado, eje fundamental de la tramoya romántica. Uno de los elementos más misteriosos e intrigantes reside precisamente en la paulatina revelación de la ascendencia del héroe cuya noble prosapia se mantuvo incógnita a lo largo de la novela (anagnórisis griega). Este detalle explica también las nostalgias aristocráticas de la telenovela. La moral y la virtud se asocian en última instancia con la "dignidad de la sangre" y "limpieza de apellidos". Hago referencia aquí al éxito que tiene entre el público telenoveleró la revista "Hola", astuta caja de Pandora de chismes, linajes y aventuras nobiliarias. La cúpula de la aventura se corona con la ceremonia matrimonial. No existe telenovela sin boda apoteósica, con vestido blanco y júbilo popular. Para la heroína es la meta de sus sueños, símbolo de su inocencia y de todas sus razones vitales.

Acumula tensiones, ¡cómo no!, pero al final las alivia en forma de liberación emotiva. ¿Necesidad de catarsis o de higienizar la gris monotonía de lo cotidiano mediante universos soñados y desenlaces utópicos?

"El viaje hacia la propia identidad, al que tanto contribuye la literatura, tiene mucho que ver con la huida de la supuesta realidad de lo que uno está viendo y oyendo y con el reconocimiento de las convenciones que se encuentran tras ella". (Northrop Frye: La Escritura Profana, Edit. Monteávil, pg. 189).

¿Alienación? Tal vez pero no mayor que las demás enajenaciones de la manipulación mercantil. Me refiero a esa mitología estereotipada que desde el hogar, aulas, profesión y diversiones nos ajusta, adoctrina, gregariza y nos nutre culturalmente. Cada uno escogemos nuestras propias alienaciones pero apedreamos, para expiarlas, las del vecino.

LA CULTURA ELITESCA NO SABE QUE HACER CON LOS SENTIMIENTOS

La sentimentalidad carece de prestigio y resulta cursi en nuestra sociedad intelectual, machista y reprimida. Lo popular, romántico y melodramático es observado con desconfianza por las academias, los convencículos literarios e ideológicos. El desdén con que la cultura oficial asume

las experiencias sentimentales es sencillamente escandaloso, síntoma inequívoco de su desarraigo popular. ¿Imaginan que el CONAC patrocinara a Oscar de León y su conjunto? Esta postura senequista es prueba fehaciente de la gazmoñería cultural de quienes poseen las riendas del ocio y planifican la diversión. El "cogito ergo sum" ha prevalecido sobre el "sentio ergo sum" a pesar de que el sentimiento es más evidente y profundo que el pensamiento. Para aumentar el vejamen las telenovelas no suelen ser analizadas por críticos literarios sino más bien por sociólogos y comunicadores según las congeladas constricciones de sus retículas y cartapacios sin precaverse de que el melodrama es, en primer lugar, literatura, o sea, invención, fantasía y sentimiento. (Por supuesto que no me refiero aquí a las telenovelas de pacotilla y baja calaña sino a las avaladas por libretistas con intenciones literarias).

Por el contrario, la literatura sentimental ha ocupado, en todas las culturas y durante todas las épocas, la preeminencia. Hasta el siglo XX. Grandes clásicos como Petrarca deben su fama a un Cancionero amoroso. Garcilaso a sus Eglogas sentimentales. Shakespeare no se avergonzó de su Romeo y Julieta ni Rousseau de "La Nueva Eloísa" (primer melodrama por entregas), ni Teresa de la Parra de "Ifigenia", ni Carolina Nabuco de "La Sucesora", ni M. L. Bombal de "La Amortajada", ni Cabrujas de "El Día que me quieras". Goethe, ¿Goethe telenoveleró?, escribió un melodrama. Recordemos que Werther se suicida precisamente al comprobar que se ha enamorado de Carlota, novia de su más íntimo amigo. Trastornó la moda del siglo XVIII y creó un traje "estilo Werther" compuesto de botas y ceñidos pantalones de color amarillo con casaca azul. ¡Hace doscientos años!

Nuestras telenovelas han exhibido con frecuencia bazofia, es cierto, y hojarasca pero también intentos laudables como Ifigenia, Estefanía, Gómez o "al Marido de la Señora Cárdenas". Habrá que hacer esfuerzos y reformas pero siempre será requisito necesario enfatizar la sentimentalidad y aceptar que nuestro pueblo es patético, barroco y festivo. Como aclara Paco Vera: "no puede ser lógico un país en el que las cucarachas vuelan". Telenovela, salsa, boleros, congas, frenesis de la rumba y follajes de churumbela. ¡Es el entorno cultural de lo popular que revienta por los poros del sentimiento! El itinerario de Soledad Bravo alecciona. De la can-



*"Y no se inmute, amigo,
la vida es dura.
Si quiere ver la vida
color de rosa
eche veinte centavos
por la ranura..."*

o prenda el televisor
a las nueve
y lllore o vuele...

Frente a la lógica... el misterio. Frente al horario o el método... el pálpito intrigante de lo mágico. Frente al cosmopolitismo... la comarca. ¿Quién va a tener ganas de seguir rumiando por la noche los mismos problemas enfrentados durante el día? Preferible contemplar otros espejos. Es una forma de salvar el poco lirismo que nos permite la vida.

ALGO, EN FIN, SOBRE LA SEÑORITA PERDOMO

El público telenovelerero de Venezuela ya tiene abastecido durante dos meses "ese espacio de las nueve de la noche que constituye el alimento cultural fundamental de la población venezolana". (S. Garmendia, 7º Día, 12-X-1980). Ahora se trata de la Señorita Perdomo. Radio Caracas TV no ha escatimado gastos de producción. Clemente de la Cerda y César Bolívar comandan la dirección con la consigna de no inflamar demasiado los relieves melodramáticos. Cabrujas, S. Garmendia y G. Michelena como autores de una historia verosímil, fiel a la atmósfera y a la cronología de los sucesos acaecidos a partir de 1947. Caridad Canelón, G. Rodríguez, Rafael Briceño, R. Amundaray, Amalia Pérez Díaz, M. Teresa Acosta y Orlando Urdaneta, como actores. ¡Lo mejor de la farándula! Ubicación: una hacienda cercana a la histórica ciudad de El Tocuyo. ¡Todo nuestro!

La narración resulta interesante desde el comienzo. Los conflictos captan la atención enseguida. Cada personaje es cable de alta tensión. Se bordea el acaramelamiento por un lado y por otro tropezamos pronto con aberraciones dignas de Polifemo (Eleazar León). Se nota, a pesar de todo, cierta contención y depuración para que no llegue al espasmo. Hay lirismo y ternura que la suave musicalidad acentúa. La pareja mensajera, Charles Barry y su caballo humano, resulta grotesca, más propia del esperpento que del melodrama. Sin embargo, aunque redacto esta reseña al final de la segunda semana, me atrevo a señalar

ción protesta universitaria y sin raíces a la canción folklórica del Llano. De aquí al bolero caribe y ahora a la salsa latinoamericana en dúo con Willie Colón. Es importante sanear el horario estelar de las telenovelas, ese terreno éjido que la TV suele ofrecer a las Delia Fiallo, Félix B. Caigent, Ligias Lezamas y demás Corines Tellados del corazón. Pero hay que oxigenarlo de modo que reabastezca nuestro sistema erótico. Recrear este espacio, ¡estupendo!, pero salvando la ampulosidad, el plutonismo y el paisaje de nuestra idiosincrasia... Sería bueno que las alternativas sirvieran para meditarlos sentimentalmente desde nuestros más turgentes nudos emotivos para esclarecer las antinomias del amor, pero, por favor, cuidado con las mecánicas intelectuales, estéticas cerebrales o la represión de los deseos. Salvar la calidad narrativa, la dignidad

humana, la nostalgia sentimental... podría ser tarea de esa renovación para que la mujer deje de ser frente al hombre "lo otro", su contrario, objeto alternativamente precioso y nocivo, hechicera o madre, diva o arpía, musa o estafa como suelen aparecer en las telenovelas más ramplonas.

Mientras no llegemos a esta síntesis, a este arte, los venezolanos seguiremos sufriendo, llorando o vengando las "penitas de amor" desde el balcón de las telenovelas para mantener despierta la razón de los sueños, rehabilitar las frustraciones y evadirnos hacia la "irrealidad maravillosa" de una compensación sentimental siempre anhelante. Una canción argentina sintetiza la situación que comento:

tres apreciaciones negativas fundamentales.

En primer lugar, el convencionalismo. La Señorita Perdomo es una novela convencional. No modifica ni perfecciona la estructura tradicional del género. Dobra, desde contextos y circunstancias diferentes, los mismos prototipos e idénticos conflictos en torno a las relaciones: padre - madre - incestos - adulterios - hijos bastardos - servicio doméstico como memoria de una familia desquiciada - pasiones que se encienden en hogueras repentinas - venganzas profetizadas - población chismosa - cura benévolo pero retrógrado...

Los semiólogos han descubierto que todos los relatos de la literatura se reducen a 15 o 20 "modelos actanciales", es decir, esquemas, motivos o temas. Jorge Luis Borges ha ido más allá:

"...los hombres, a lo largo del tiempo, han repetido siempre dos historias: la de un bajel perdido que busca por los mares mediterráneos una isla querida y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota". (El Evangelio según S. Marcos. En el "Informe de Brodie", O.C. Edit. Emecé, pg. 1070).

Pero nuestras telenovelas parece que sólo saben manejar una historia: la de una humilde muchachita que surcando mares de agua hirviente, de sangre, celos y tempestades humanas, logra mantenerse siempre sobre la cresta de la ola hasta que consigue desembarcar en la isla paradisíaca del matrimonio anhelado. Es la historia convencional de la Señorita Perdomo icenicienta criolla! Convencional que sea bella, por supuesto, que sea también amable y honesta ¡manual de Carreño su cuerpo! Convencional que Eleazar León sea bucanero, vampiro "Barba Azul" venezolano. Convencional que María Antonieta quede embarazada antes del matrimonio. Convencional que su compinche huya del pueblo. Convencional el revuelo que este suceso crea en El Tocuyo. Triángulos amorosos, triángulos sociológicos, triángulos narrativos (presentación-conflicto-descarga). Los capítulos se suceden como si fueran cangilones de noria. No ensanchan la imaginación ni elevan la sensibilidad hacia planos más exquisitos. Prefieren triturarla.

En segundo lugar la Señorita Perdomo parece más radio que televisión. El lenguaje, los diálogos largos y prolijos son los verdaderos protagonistas conductores de la acción. Lo visual no se asume todavía en su verdadera jerarquía

(¡oh evocación de La Sucesora!). Cuatro o cinco "estudios" interiores y dos paisajes exteriores aglutinan todas las escenas que se van interpolando para evitar la monotonía y ausencia de cinetismo, es decir, de televisión. Recuerden el dinamismo visual de las series policíacas. Por eso en la Señorita Perdomo tampoco parece que existe el silencio, desnudez expresiva de los gestos!, que hace hablar a los músculos del cuerpo, a los objetos que nos circundan e hincha las interioridades sociológicas.

Por fin, La Señorita Perdomo no emerge de lo anecdótico chato y cotidiano. No roza nunca ni entreabre "lo real maravilloso" y por tanto no se humedece en el misterio, seducción y profundidad que genera lo mítico. Sólo lo mítico transforma la historia en epopeya; sólo lo mítico lo perfora y trasciende. La grandeza del creador literario estriba precisamente en punzar esas zonas culturales anidadas en el centro de la sensibilidad y tradición de nuestro pueblo. "Escucha un hermoso relato, dice Platón a Gorgias, tú pensarás que se trata de una fábula pero yo te lo cuento como una verdad". La Señorita Perdomo no hechiza. Falta dimensión mítica. Cabrujas y Garmendia debieran recordar que la verdad o falsedad literaria no dependen de la autenticidad histórica ni de la adecuación filosófica con la realidad. La literatura no maneja verdades filosóficas ni siquiera históricas sino míticas que son más literarias y por eso más verdaderas.

A VER SI ESTO ACLARA MAS LO QUE QUIERO DECIR

A la cultura elitesca le desconcierta el éxito popular de la telenovela no provocado por aciertos propiamente literarios. Los sociólogos culpan a nuestra época y explican que vivimos una cultura tan abstracta e intelectual que da la espalda a las mayorías y sobre todo al corazón. Ante la máquina invasora, la burocracia que cachea y codifica, el militarismo plenipotenciario, la devastación ecológica y la soledad del hombre, ¡quién no se ha sentido solo en la ciudad!, la gente más popular proclama la

razón sentimental de la vida y el derecho a salvarse del llamado realismo racional. Tal vez intuyen que el mundo avanza por camino equivocado. La telenovela y la música sirve de drenaje. Son los equivalentes del "palito de ron" masculino o de los gemidos histéricos, palmadas y sollozos de nuestras jovencitas ante "Los Chamos" o los "Menudo". No podemos abolir sin más ni más el corazón y su cortejo de júbilo y dionisiaca raíz barroca.

Por eso resultaría inoportuno que a las nueve de la noche nuestra televisión se constituyera en palestra de concientización revolucionaria y analizara las contradicciones o desequilibrios estructurales de la sociedad. Quien ha estado trabajando durante ocho horas y ha sufrido tres más en el safari locomotor... quien no ha podido almorzar a mediodía y ha sentido la angustia de la agenda o de la escoba y la plancha, sólo ansía llegar a casa o apagar la lavadora, bañarse, recostarse en una tumbona y zambullirse en el mundo de lo desconocido, de lo increíble, en el viento de la fantasía, en el embrujo del "Había una vez una señorita llamada Nereyda Perdomo..."

Así somos y ésta es también un hambre más que clama ser saciada. El error se comete cuando otorgamos ese espacio a libretistas que en vez de escritores resultan reposteros o, todavía peor, matarifes del gusto. Pero creo que hemos avanzado. Entre los esfuerzos nacionales y las aportaciones extranjeras (recuerden "Yo, Claudio", "Fortunata y Jacinta", "La Guerra y La Paz", las brasileras etc...) podemos conseguir que el horario estelar de la noche sea de culto divertimento y a la vez de masaje emotivo. ¡Qué bueno!

Desde que existe el hombre, en horas del crepúsculo o de la noche, en largas veladas de hostal o de casona junto al fuego, en cocinas aldeanas o palacios, con luz de luna o de candil... nuestros antepasados, pastores, campesinos o burgueses solían encender su corazón con narraciones amorosas. ¿Nos extrañamos hoy de que a esa misma hora prefiramos también ver telenovelas?

